

DEL MILENIO A LA SOSTENIBILIDAD

LA AGENDA 2030 PARA EL DESARROLLO SOSTENIBLE

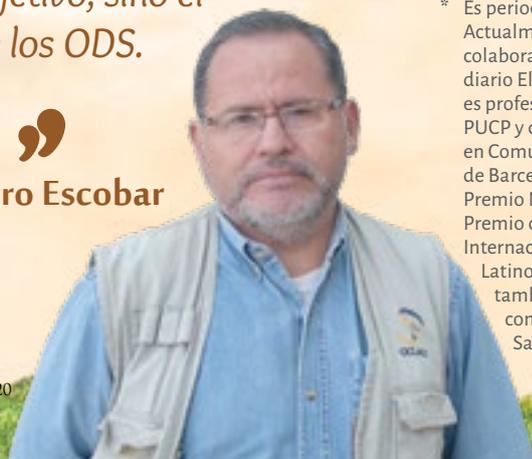
Entrevista a RAMIRO ESCOBAR*,
realizado por Luis Carrasco Sidorenko



América Latina es la región más desigual del mundo [...] Sintomáticamente, el Objetivo 10 de los ODS es lograr la reducción de las desigualdades. Si estas no se reducen, no sólo no se podrá lograr ese objetivo, sino el conjunto de los ODS.



Ramiro Escobar



¿Por qué este cambio de Objetivos del Milenio a Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS)?

Yo creo que los Objetivos del Milenio estaban más centrados en temas sociales. El propio nombre de los Objetivos de Desarrollo Sostenible ya sugiere que el tema ambiental ha ganado terreno en el debate público y académico, en el interés de los organismos multilaterales y en los propios países. Ahora ya no es posible pensar en el desarrollo solo en términos económicos; sino que hay que pensarlos en términos sociales y ambientales, pues lo ambiental se ha vuelto una columna vertebral de las visiones de desarrollo. Por ejemplo, en las distintas conferencias internacionales, siempre se habla del cuidado ambiental. Por ende, ya no puedes plantearte objetivos de desarrollo que no sean sostenibles. Lo sostenible quiere decir aprovechar los recursos naturales de manera que duren en el tiempo. Recursos como los bosques o la pesca no pueden ser explotados sin control –por citar un par de casos muy importantes. La mayoría de los objetivos de desarrollo sostenible tienen corte ambiental y eso no es casual.

* Es periodista especializado en temas internacionales y ambientales. Actualmente, además de escribir sus columnas en La República, colabora, en el Perú, con la revista Poder y, en el extranjero, con el diario El País (España) y el portal Oeco-Amazonia de Brasil. Así mismo, es profesor de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP y de otras casas de estudio. Cuenta también con un diplomado en Comunicación y Medio Ambiente en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Además, ha ganado diversos premios tales como el Premio Nacional de Periodismo Juan Landázuri Ricketts (2000), el Premio de Reportaje sobre Biodiversidad, otorgado por Conservación Internacional (CI) (2008). Ese mismo año, ganó el Segundo Premio Latinoamericano de Reportajes sobre Biodiversidad, promovido también por CI. En el 2010 ganó el Premio Periodístico 'Solidaridad con los Refugiados'. En el 2011, ganó la primera versión del Premio Salwan sobre Reportajes el Mundo Indígena.



En países como los nuestros, que están en vías de desarrollo y tienen ciertas limitaciones económicas, ¿optar por estos objetivos se vuelve un poco más complicado?

Sí, porque América Latina es la región más desigual del mundo. Todos los países de esta región tienen, en mayor o menor medida, ese problema. Sintomáticamente, el Objetivo 10 de los ODS es lograr la reducción de las desigualdades. Si estas no se reducen, no sólo no se podrá lograr ese objetivo, sino el conjunto de los ODS. Más puntualmente, si no se reduce la desigualdad es más difícil, por ejemplo, que se cumpla el Objetivo 6: proporcionar agua limpia y saneamiento. Para señalar un caso concreto, en Lima –la capital de Perú–, la gente más pobre paga más por el agua. Estas personas la tienen que comprar en un camión cisterna, mientras que quienes viven en barrios residenciales pagan menos. Esa injusticia, esa desigualdad, no va a ayudar a que se cumpla el Objetivo 6.

¿Esta injusticia tiene que ver mucho con el modelo económico? Las recientes protestas en Chile parecen tener que ver con su modelo económico liberal, mucho más centrado en la inversión privada.

Los modelos no tienen por qué ser solamente económicos. Además, estos deben ser sociales y ambientales. Si tienes un modelo basado principalmente en lo económico, que enfatiza –casi obsesivamente– el libre mercado, el intercambio de bienes y la iniciativa individual, puedes dejar de lado lo colectivo y las desigualdades. Eso no va a hacer que se consigan fácilmente los ODS. Si bien el mercado es un factor inherente a la vida social, desde hace siglos, no es el único.

Cuando cuestionar las políticas de mercado ultraliberales se vuelve un tabú, empieza a haber problemas y puede pasar lo acontecido en Chile el año pasado. La mayor parte de la población chilena se dio cuenta que era un modelo insostenible en el tiempo.

En una de sus entrevistas, indicó que el tema de la informalidad era un factor que de algún modo impedía que hubiera protestas sociales como las de Chile.

Varias personas dijimos eso, no sólo yo. Ocurre que, en el Perú, la economía es mayoritariamente informal; mientras que, en Chile, es al revés: la economía informal es pequeña y la economía formal es muy grande. Esto hace que el individuo se mueva en ese vasto sector informal que hay en nuestro país, el cual le permite generar diversos recursos para subsistir. Los peruanos que están en el sector formal, con todos los derechos, son pocos. Desde mi punto de vista, eso causa un doble efecto. Es decir, hay más posibilidades de subsistir porque si no hay un trabajo buscas otro, pero a la vez puede producir un efecto de limitación de los derechos políticos porque, cuando uno tiene varios trabajos, es muy difícil tener tiempo para ir a protestar. En Chile, mucha gente terminaba su horario de trabajo y se iba a las calles. En el Perú, eso es más complicado. Muy pocas personas terminan de trabajar a las cinco de la tarde, o en un horario fijo. Es como una trampa del sistema, ya que tienes que trabajar más y no puedes protestar mucho. Es una situación distinta a la de Chile, aunque en el fondo sigue gravitando el problema de la desigualdad. El abismo social no debe ser tan grande si se quiere lograr los ODS, o si se quiere tener una sociedad más cohesionada.





¿Le llama la atención que en Chile el gran cambio fue promovido sobre todo por estudiantes? Algo que acá no ocurre mucho.

Durante el gobierno de Alberto Fujimori, la juventud se despolitizó mucho. Fujimori vendió la idea de que los políticos tradicionales eran peligrosos para el país y esa idea tuvo cierta acogida, como es obvio. El otro factor fue la presencia de Sendero Luminoso en el Perú. Al estallar un ciclo de violencia política muy intenso, el temor de ejercer la ciudadanía política creció, puesto que existía el riesgo de que te identifiquen como alguien vinculado a movimientos violentistas. En los últimos años, creo que eso ha cambiado. Se ha recuperado cierta conciencia política y ya no hay tanto miedo a salir en la calle. Por otro lado, el apogeo de las redes digitales permite convocar más protestas. Aun así, creo que falta ejercer más ciudadanía política, en la medida que la lucha por una sociedad más justa y equitativa no es algo que solo tiene que decidir el gobierno, sino también la sociedad civil.

¿Usted cree que las instituciones del Estado están en la capacidad de conseguir estos objetivos de desarrollo?

Sí hay algunos datos alentadores. Entre el 2015 y 2016, aumentó ligeramente la población que tiene servicios básicos. Ahora llegaría al 71%. La pobreza también se ha reducido en los últimos años, así como la inflación. No obstante, estos progresos son pequeños. Cuando uno piensa en problemas como la anemia, el dengue o los bebés que mueren porque no tienen incubadora, se da cuenta que no estamos avanzando al ritmo que deberíamos. El Ministerio

de Economía y Finanzas, o el Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social, podrían tener planes más eficientes, en tanto que el Ministerio del Ambiente debe velar por los ecosistemas y tener un papel en la planificación económica. En cierto modo, ya ha ocurrido. Sacar a los mineros ilegales de La Pampa, en Madre de Dios, implicó el involucramiento de varios ministerios. Pero podría hacerse mucho más. A veces se piensa que la corrupción se combate sólo con leyes, por citar un tema de mucha vigencia; pero hay una cultura de la corrupción que hace que la gente sea corrupta. Para prevenirlas a largo o mediano plazo, tendrían que involucrarse más los Ministerios de Educación y de Cultura. Los planes deberían ser más globales e integrados para que se puedan cumplir los ODS.

Para usted, ¿todos no valemos lo mismo? Eso lo dijo María Antonieta Alva Luperdi, ministra de Economía y Finanzas, al principio de su gestión.

Yo tristemente creo que eso es verdad. El quechua, por ejemplo, está manteniéndose e incluso se ha incrementado un poco la cantidad de personas que lo hablan. Sin embargo, debería ser más promovido por el Estado, tendría que haber un sitio donde tú puedas formar profesores de quechua. Pero se sigue pensando que es un idioma marginal. Dentro de las mismas familias que hablan quechua, ya no lo enseñan. Yo considero que esta lengua no es simplemente un adorno, sino que fortalece la identidad, nos permite entender nuestra cultura, nuestros ecosistemas, nuestra historia. Me parece



un profundo error creer que no tiene mayor importancia, o ni siquiera utilidad en el ámbito internacional. Imagínate lo rico que es un país que se reconoce más en su cultura, en su lengua originaria y que sabe manejar mejor sus ecosistemas. Probablemente Paraguay es el único país bilingüe en América Latina, pues el guaraní se habla en todos los estratos sociales, a pesar de que también está en riesgo. Eso no ocurre en el Perú y, a mí, me parece justamente un signo de que todos no valemos lo mismo.

El Objetivo 16 propone “promover la paz y la justicia”. Si lo relacionamos con el tema de las migraciones, los venezolanos por ejemplo, ¿por qué cree que esto ha generado, en la opinión pública, posiciones encontradas y hasta actos de xenofobia?

Yo creo que no estábamos preparados para la xenofilia, la acogida al inmigrante, que es lo contrario de la xenofobia. El Perú era un país al cual no venía tanta gente a quedarse, y de donde muchos se querían ir. Y de pronto nos encontramos con un proceso migratorio abrupto y masivo proveniente de Venezuela, el cual se activó por el desastre económico y social provocado por el gobierno de Nicolás Maduro. La cantidad de venezolanos ha aumentado ostensiblemente en el país, y así como ha habido acogida, han aparecido también lamentables

brotos de xenofobia —esperables en una sociedad que no ha sido educada para la interculturalidad. Incluso hay algunos políticos irresponsables que alientan la xenofobia, y hasta se olvida que entre nosotros mismos nos despreciamos, algo que se hizo visible cuando mucha gente migró a Lima por la violencia política y el terrorismo. Nos falta mucha formación intercultural. Los Ministerios de Cultura y de Educación tendrían que haber prevenido una situación de este tipo.

¿Los medios de comunicación tienen algo de culpa?

Los medios de comunicación procuran retratar lo que está ocurriendo. Pero creo que no hay que cargar la tinta en este asunto.

Si bien es cierto que, en la gran masa de ciudadanos venezolanos que llega huyendo y con desesperación, hay algunas personas que delinquen, rotular a todos los venezolanos como delincuentes, o como el gran mal que vino a agravar la delincuencia el Perú, me parece exagerado e irresponsable.

Por supuesto que la delincuencia tiene que ser combatida sin importar cuál sea su manifestación o su origen. No obstante, hay que evitar, justamente para cumplir con el Objetivo 16 que propone “paz, justicia e instituciones sólidas”, que la xenofobia se extienda en el Perú; puesto que también es una forma de desigualdad social.

